

Textos recuperados

La ciencia no es neutral¹

Enrique Marí



¹ Texto aparecido originalmente en el diario Clarín, el lunes 13 de mayo de 1996, como respuesta a un artículo del epistemólogo Gregorio Klimovsky, en donde reafirmaba la neutralidad de la ciencia frente a la cuestión de la clonación humana.

Nadie ignora que la ciencia (y la tecnología) pusieron en manos de los hombres los medios y las herramientas que les permiten en gran medida satisfacer las necesidades crecientes de su existencia y, al mismo tiempo, liberarse de constricciones y limitaciones materiales de su vida diaria. Pero, al menos desde Hiroshima, resulta mucho más transparente que antes que la evolución de estas en nuestro tiempo hace pesar sobre la humanidad el peligro sobre su propia existencia en tanto especie.

Ante esta contradicción se enfrentan dos corrientes de signos opuestos. Una, caracterizable como "humanismo neorromántico" en la que, con debidos matices, se agrupan intelectuales como George Orwell, Erich Fromm, Whitehead y, entre nosotros, Ernesto Sábato. En esta línea (que abarca también los movimientos de contracultura y actitudes como las de Unabomber) frente a los resultados negativos se proponen diversas soluciones, tales como detener la investigación, sustituir el concepto de conocimiento cuantitativo propio de la modernidad por el más amplio de gnosis, el imposible retorno, en fin, a una sociedad bucólica desenraizada de la evolución histórica. Esta línea tiene escasa factibilidad pero gran potencialidad crítica, que no se observa, en cambio, en las comunidades científicas ni en el pensamiento inserto en la otra perspectiva: el cientificismo dogmático.

EFFECTOS

En un reciente artículo dedicado a la biología genética, específicamente al fenómeno de la clonación "es decir, la aplicación no solo a los vegetales y otros organismos vivos inferiores sino a los seres humanos de las experiencias de la biología y el manipuleo de los genes", Gregorio Klimovsky reitera su opinión de que no hay aquí nada intrínsecamente bueno ni malo.

La cuestión que plantea la clonación, como antes la desintegración del átomo que condujo a la bomba atómica, en una palabra, la cuestión de la diversidad de los efectos de la ciencia, es de extrema gravedad y merece un análisis más complejo que el que surge de la

metáfora de Klimovsky de una ciencia intrínsecamente neutral a toda valoración, que será buena o mala según se la use. La metáfora que Klimovsky reitera aquí es la de la ciencia martillo que tanto sirve para clavar un clavo como para hundir el cráneo de una persona. Si el poder, los gobiernos, las corporaciones, los laboratorios, etcétera, la usan o la aplican para el mal tendremos el martillo rompecráneos, pero este efecto es ajeno a la ciencia.

“Entre las distintas modalidades humanas, la ciencia no es solo saber, sino hacer. En realidad, los límites entre la ciencia basada en el conocimiento y la ciencia basada en la aplicación son hoy en día extremadamente imprecisos, débiles y diluidos.”

Ahora bien; es incorrecto sostener que exista un carácter neutral, interno, propio de la ciencia. Esta posición implica considerar que la totalidad de la ciencia es básica o fundamental guiada por el espíritu de investigación, el conocimiento y la verdad, desvinculándola del otro momento que es el de la ciencia aplicada, orientada a un fin. En rigor, Klimovsky confunde dos conceptos de aplicación, el interno y el externo, atribuyendo a este último toda la carga del problema. Entre las distintas modalidades humanas, la ciencia no es solo saber, sino hacer. En realidad, los límites entre la ciencia basada en el conocimiento y la ciencia basada en la aplicación son hoy en día extremadamente imprecisos, débiles y diluidos. Solo una pequeña parte de las ciencias físico-naturales están orientadas al conocimiento, a la observación pasiva de la naturaleza. La mayor parte es ahora ciencia experimental. Los científicos no se ocupan de problemas surgidos de su curiosidad, ni de la sed inextinguible de conocimientos. Lo hacen en el cuadro de investigaciones predeterminadas, y son pocos los que tienen la libertad de elegir su objeto de investigación sin poner en riesgo sus seguridades profesionales.

NINGUNA CASUALIDAD

Cuando Otto Hann descubrió en 1938 la fisión del uranio que condujo en última instancia a la bomba atómica, atravesó por tres etapas. En la primera, al bombardear con neutrones el núcleo atómico más pesado, el del uranio, su preocupación básica estaba orientada al conocimiento. En la segunda, tuvo la voluntad de acceder a una aplicación revolucionaria: el acceso a una fuente energética, con una cascada de fisiones, liberando cantidades de energía inagotables. Esta fue ya una etapa "positiva" de aplicación y no remitida a la sed de conocimientos. En la tercera, se le abrieron dos vías distintas: una que conducía a un reactor atómico, la otra, a la bomba atómica. No está aquí el subproducto fortuito, inesperado, de una investigación orientada al conocimiento, sino una investigación gigantesca con el fin de fabricar la bomba y ninguna otra cosa.

Veamos qué pasa con la ética frente a las cuestiones científicas y técnicas.

Es en el punto indicado, en el que, al margen de la responsabilidad externa, queda comprometida la responsabilidad de la ciencia y donde hubiera debido detenerse y someterse la investigación a control. Un control con intervención de las mismas comunidades científicas, no solo de físicos y biólogos sino con mediación de profesionales educados en nuestras tradiciones humanísticas y éticas, y el escrutinio público, como bien lo propuso Florencia Luna en su nota de esta misma sección.

El empleo de la clonación en la raza humana, ya sea con la posibilidad de crear Einsteins o Frankensteins, escapa a la tradición humanista. Imponer en la ley de la herencia una identidad no ingresa en esta tradición, además de no ser segura a largo plazo. La vida ha evolucionado en un delicado balance cuyos equilibrios entendemos solo oscuramente. Reemplazar criaturas (e incluso vegetaciones) por formas inventadas por los seres humanos a su voluntad puede implicar el colapso futuro del sistema ecológico que constituye nuestro nicho. Tampoco es inteligente, aduce Robert L. Sinsheimer, asumir la responsabilidad por la estructura y cohesión del mundo animado. ¿Cómo reaccionarán los seres humanos cuando

adviertan que sus genes son el producto de decisiones sociales o de decisiones secretas de científicos que trabajan para el poder?

Creo, en fin, que la tesis de Klimovsky de la neutralidad de la ciencia, aunque tenga el ponderable propósito de suministrarle un "moral condon sanitaire" no la preserva en su momento de investigación aplicada negativa, y obstaculiza el debate, la discusión, sobre los efectos peligrosos de la ciencia, más bien poco conocidos, remitiendo la cuestión a los efectos malsanos de su uso por el poder que, por contraste, son muy conocidos.